



José Emilio Burucúa
Excesos lectores, ascetismos iconográficos
Buenos Aires
Ampersand
Col. Lector&s
2018
239 páginas

PALABRAS CLAVE: JOSÉ EMILIO BURUCÚA – AUTOBIOGRAFÍA –
LECTURA – CULTURA ESCRITA

KEYWORDS: JOSÉ EMILIO BURUCÚA – AUTOBIOGRAPHY –
READING – WRITTEN CULTURE

Listas, catálogos, bibliotecas

Francisco Aiello¹

El historiador del arte, crítico y escritor José Emilio Burucúa suma su voz a la Colección Lector&s, que Graciela Batticuore dirige para Ampersand. El título de este volumen es *Excesos lectores, ascetismos iconográficos* (2018), anticipando el movimiento acumulativo en el que abundan las enumeraciones empecinadas en el registro propicio para un efecto de exhaustividad. La idea de *exceso* sugiere el acopio incapaz de ser contenido en su totalidad y, así, se impone la urgencia de desechar eso que sobra. Pues bien: nada de eso ocurre con este texto de Burucúa, cuyo afán de recuento de lecturas no resulta hipertrofiado, dado el variado catálogo bibliográfico construido a lo largo de sus páginas, el cual muestra sostenido interés por distintos campos del saber, así como por otras artes sometidas al registro de formas de lectura disímiles, según también se adelanta en el sintagma *ascetismos iconográficos*.

En concordancia con esa voluntad abarcadora, la organización cronológica predominante –aun cuando tengan lugar esporádicos saltos temporales– contribuye en el proyecto de construir una trayectoria vital como unidad coherente vertebrada

¹ Doctor en Letras. Docente del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigador de CONICET.

por la pasión lectora, que se ubica como una constante pese a inevitables modificaciones en los objetos leídos en las distintas etapas vitales y profesionales. El primer capítulo, dedicado a la niñez, evoca la precocidad de la lectura, que incluso sortea tempranamente las fronteras lingüísticas gracias a las enseñanzas del francés por parte del tío Jean. La corroboración de esas habilidades lectoras adquiridas se encuentra también en la posibilidad de leer subtítulos en salas de cine. Esta etapa se completa con el recuerdo amargo para el niño –criado en una familia radical– de la escuela primaria cursada durante el peronismo, que imponía el culto incesante de los mandatarios y la convergencia de opiniones políticas. La vida escolar cobra mayor peso en el capítulo consagrado a la adolescencia, puesto que Burucúa hizo sus estudios secundarios en el prestigioso Colegio Nacional Buenos Aires, cuya comunidad no siempre le resultó especialmente contenedora, aunque se trasunta un amplio reconocimiento por distintos docentes y por los textos abordados en los cursos, los cuales despliegan listas de autores y de títulos con una ponderación personal a veces sorprendente si se considera el tiempo transcurrido desde esas lecturas. Esta formación de élite se completa con cursos superiores en la Alianza Francesa con sus correspondientes selecciones de libros de literatura, así como también con un primer viaje a Europa que permitió visitas a grandes museos de España y Francia.

Una vez que comienza la universidad, según narra el autor en “Juventud, felicidad y tragedia”, se inician las frustraciones, inauguradas con un paso fallido por la Facultad de Medicina, cuyas prácticas pedagógicas afines con formas de humillación se revelaron rápidamente incompatibles con la personalidad del autor. Entonces pasó a la Facultad de Ciencias Exactas por un período breve, de donde siguió camino hacia labores ajenas al mundo libresco durante una estancia en el campo a cargo de tareas rurales. Finalmente, en 1966 ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires para estudiar Historia del Arte. El quinto capítulo, que se denomina “Madurez y culpa”, da lugar a la evocación de desplazamientos para instalarse en Ushuaia con una biblioteca de 2500 volúmenes hasta que una beca permite un traslado a Florencia (Italia), donde Burucúa accede a materiales codiciados y tiene lugar su encuentro con Paolo Rossi, quien orienta la delimitación de su tema de tesis de doctorado: *El libro de la Naturaleza. Estudios de las ideas de Galileo acerca del arte figurativo*. Este trabajo concluyó en 1984, en Buenos Aires, ciudad a la que regresa tres años antes y en la que comienza su carrera como docente en la Universidad de Buenos Aires, que en la década de los 90 incluye los cargos sucesivos de Director de Departamento de Historia y Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras. La labor institucional no atempera la voracidad lectora; por el contrario, se despliegan nuevas listas de lecturas que incluyen trabajos de historiadores, así como numerosos títulos sorprendentes que saca a la luz una

mudanza de la biblioteca de la facultad. Por último, “Ancianidad: una reconciliación que huye” muestra a un Burucúa con un presente de plena actividad con lecturas erráticas que se amontonan en el escritorio y, asimismo, exhibe los pasos de una investigación en curso mientras escribe desde Nantes, Francia.

El recorrido lineal hasta aquí propuesto del libro de Burucúa constituye un itinerario posible sujeto al transcurrir del propio relato, aunque también el texto alienta otros entramados que instan a interrumpir e incluso desandar el flujo narrativo para identificar núcleos de interés vinculado con otros niveles de elaboración discursiva diseminados a lo largo de toda la obra. En tal sentido, se constata que el movimiento característico de la autobiografía, en sus modulaciones clásicas, de construir un sentido de unidad en la propia vida se articula con el movimiento de interpretación, mediante el cual tanto el yo como el discurso autobiográfico mismo se vuelven objeto de reflexión del propio sujeto. Se observan expresiones que hacen explícita la distancia entre el yo que ha vivido y el yo que escribe esa vivencia: “ojo, uso palabras complicadas que solo hoy comprendo a medias [...]”. (19); “Por supuesto que cuanto escribo con cierta precisión a esta altura de la vida no era sino una nebulosa en la infancia.” (21).

Además de la reconsideración del pasado personal desde perspectivas conceptuales del presente de la escritura, la voluntad de interpretar la propia vida se expresa a través de la identificación de ciertas constantes proyectadas más allá del momento vital en que surgen. Es el caso de la evocación de su paso por el trabajo campesino: “Ahora caigo en la cuenta de que mi pasión posterior por el estudio de las imágenes religiosas, que Héctor Schenone me transmitió con fuerza y sabiduría, pudo haber tenido su origen remoto en aquellas soledades pampeanas de 1965-1966.” (76). En la misma línea, Burucúa subraya la fruición con la que continuó oyendo relatos orales muchas más allá de la infancia, período en que su madre le inculcó esa fascinación mediante una práctica sostenida en la que los cuentos clásicos sufrían irremediables alteraciones. La persistencia no se limita al gusto personal, sino que puede asimismo vincularse con la práctica profesional, como la deducción de “mi regla de oro para construir redes significantes en la investigación histórica” (167), que fue inspirada por la lectura de Carlo Guinzburg.

Las permanencias se contrabalancean con las discontinuidades mediante las cuales el autor reconstruye la revisión crítica de ideas fuertemente arraigadas, entre las que se registran las transmitidas por la madre, quien sostenía la inapelable superioridad de un libro respecto de su versión cinematográfica. Escribe Burucúa adulto: “Hoy, me atrevo a discutir el aserto de madre y podría acudir a Stanley Kubrick o Milos Forman.” (24). También son reconsideradas formulaciones de alto grado de elaboración conceptual en relación con la música y la represencia: “Me costaría años poner en discusión la teoría convincente de Copland y atreverme a

postular que la música también representa...” (79). El gesto de tímida irreverencia ante una autoridad intelectual como la de Copland a veces se diluye en la constatación de un desgaste natural, según trasunta la valoración del aporte en el campo de la historia de Eric Hobsbawn, “cuyo carácter ilusorio hoy comprobamos pero que, en aquella época asimilábamos a la verdad de la ley gravitatoria de Newton”. (93).

El recorrido por el texto tanto de forma lineal como con atención a la recurrencia de motivos elaborados en el discurso –revisión, continuidad, discontinuidad– se solapan con la problemática que atraviesa necesariamente todo el libro: la lectura, cuya recuperación fluye como constante en sus manifestaciones más diversas, tales como la contemplación de obras plásticas hasta subtítulos de cine, en un amplio horizonte en el que logran convivir expresiones artísticas, culturales y científicas de máximo prestigio con productos de la cultura de masas como la historieta. El asedio a las diversas formas de la lectura incluye, además, la inquietud de las lenguas extranjeras, aprendizaje inaugurado –como ya señalamos– del francés para proseguir con la consulta en inglés de textos científicos y enfrentar, durante la estancia florentina, la dificultad de un italiano de sintaxis intrincada en la prosa de Carlo del Bravo. Estas breves anécdotas ilustran el empeño en la ampliación del horizonte lingüístico, que por momentos reposa en las habilidades de compañeros de estudios con conocimientos de lenguas que le son ajenas a Burucúa. Además de los idiomas, durante el relato se desarrollan habilidades o sensibilidades para leer de modo interpretativo soportes materiales. En particular, resultan de enorme interés las observaciones realizadas sobre la caligrafía de Galileo, en cuya desprolijidad el autor advierte el hastío por la redacción de cartas astrales, a las que estaba obligado como matemático de la corte pese a descreer por completo en ese tipo de saberes. Asimismo, la curiosidad lectora conlleva, en ciertos momentos, la incompatibilidad con la lectura profesional. De manera que Burucúa inventa un sistema que consiste en depositar en su esposa Aurora –asidua lectora de literatura– la selección de los mejores fragmentos de los libros que pasan por sus manos a fin de poder mantenerse al tanto de las novedades durante suspensiones –breves, efectivas para calmar la ansiedad de textos– del trabajo con obras laboriosamente consultadas en el marco de una investigación. Otra figuración del lector que cobra peso hacia el final del libro es la del tutor de tesis de posgrado, lo cual supone un modo de leer –además de titánico por la cantidad de investigaciones que conforma una nueva lista, la de las tesis dirigidas– en el que el autor se ve completamente involucrado en el proceso de la escritura, desde los aspectos teóricos y metodológicos más generales hasta el detalle focalizado en la redacción: “dirigí, leí y controlé hasta las comas” (171).

El trazado de posibles itinerarios revela –a pesar de no agotar sus matices y complejidades– el espesor de sentidos desplegados en *Excesos lectores, ascetismos*

iconográficos, libro en el que José Emilio Burucúa –fiel confeccionador de fichas, como recuerda en numerosos momentos de su relato– recorre las distintas bibliotecas de su vida con un afán de catálogo ilusionado con la posibilidad de lo exhaustivo. El entusiasmo capaz de ponderar aspectos encomiables de cada título, incluso con aquellos leídos varias décadas atrás, otorga vitalidad a las enumeraciones, que deslumbran por la cantidad y variedad de saberes acumulados. De ese modo se ve despojada de tedio la confección de listas, a la que seguramente se sume la que cada lector del libro elabore gracias al estímulo intelectual con que Burucúa sostiene su texto.